no grites, por Júpiter, o te mataré inmediatamente.

Nefelis hubiera aceptado la muerte en el momento. Su espanto sobrepasaba al que despierta en los moribundos la visión del Leteo... Pero la muerte por este hombre, ¡oh!, ¡era lo peor de todo!

No gritó.

Con un esfuerzo de todo su ser, recordando que es preciso no contrariar a los enajenados, pronunció algunas frases, apenas articuladas por su lengua seca y fría:

—Sí, tú eres el rey del Egipto..., estás cubierto de bandas, como una momia... Pero no es digno para ti, señor, detenerte en esta morada... ¿Quieres que te enseñe la ruta?... Tus reinas, más bellas que mujeres, cantan en las puertas del jardín.

El loco comenzó a saltar:

—Rey! rey!; palabra sin sentido! Rey! ¿Quién ha dicho que yo era rey? ¿Parezco hombre? Soy un Dios. ¿Y cómo habría entrado aquí si no hubiera sido Dios? La puerta está cerrada; ya te lo he dicho; la barra está atravesada. Yo no he entrado por la puerta. Soy la emanación de esta ámfora negra. Soy Baco! Soy Baco! Soy Baco!

Y colocando sobre su cabeza la corona de rosas se puso a danzar con locura.

Insensiblemente Nefelis se deslizó a lo largo de la pared, buscando el lugar por donde pudiera huir. El loco no la veía: giraba sobre sí mismo, aturdido en la embriaguez de la bacanal; pero, como tratara de inclinarse hacia la cerradura, sintió una mano huesosa que la tomaba por los hombros. Retrocedió entonces hasta el fondo del cuarto.

—Eh, dijo el hombre deteniéndose. Es fresca tu piel, amiga. ¿Cómo no te has desvestido todavía? ¡Quítate tus trajes floridos! Ya te he pagado.

Marchó hacia ella y de la ropa ligera y fina sacó un seno.

Nefelis se arrinconó en el muro. Quería hablar, pero ni una palabra salía del temblor de sus labios asustados... El hombre loco tomó entre sus manos el lindo seno y lo oprimió: algunas gotas de leche aparecieron en el sonrosado pezón.

El hombre loco palideció; alterando su voz, la transformó en la de un niño.

—¡Mamá!, gritó. ¡Mamá! ¿Por qué no me has alimentado desde hace cien años? ¿Qué te he hecho para que dés tus senos a otro hombre, a otro hombre que tú aguardas sobre un lecho de rosas y aromado? ¿Es porque no tengo dientes por lo que tú no quieres alimentar mi boca? ¡Mamá! ¿Por qué me has abandonado?

Y paralizando con sus dos manos los brazos de Nefelis, aterrorizada, puso los labios sobre uno de los senos y chupaba como un trastornado.

Un sobresalto de horror extremeció el pecho de la joven.

—¡Monstruo! ¡Esa leche que tú bebes es de mi hijo!

Se desprendió de aquella boca desdentada y tomó al hombre por la garganta: pero, en un instante, fué dominada.

—Eh! eh! eh! Te había prevenido que no se puede matar a un muerto. Al contrario: verás como es fácil hacer morir una mujer que vive... Ah! ah!, no, no grites. No te mataré. Es un juego, es una fiesta. Dame la cinta de tus cabellos.

Arrancando la cinta de la cabellera, que cayó silenciosamente sobre las espaldas de la joven, le sujetó por detrás las muñecas de sus manos y las ató fuertemente a sus flancos.

Los dientes de Nefelis traqueaban. De nuevo hubiera querido gritar; pero una última esperanza la sostenía... La puerta del jardín no estaba bien cerrada... *El* vendría, el amante, a salvarla; *él* la salvaría... Ah! cómo lo aguardaba! ¡En qué inquietud desesperada todas las energías del espíritu iban hacia él!

Mientras tanto el hombre loco había desenlazado el ceñido de su manto y desprendido sobre el hombro derecho el broche de la hebilla de plata. El traje se desprendía de su cuerpo. En vano Nefelis cerraba las rodillas. El hombre loco le arrancó los vestidos y tomándola por en medio del cuerpo la arrojó desde lejos sobre el lecho, en donde cayó con un gesto de dolor.

Un aliento de perfumes se levantó de las sábanas removidas.

—Ah! este olor de mirra! dijo todavía el loco. Tu hogar está infectado, hija del placer! Ah! quita la mirra! Abajo, abajo!... Soy Psamético, hijo del Sol. La mirra es el olor de la noche. Soy el Rey vencedor, el Muy Alto, el Rey! el Rey! La mirra es el olor de los *bouges*... Esconde la mirra, hija de la Noche! Por los cuernos de Hator y por la cola de Pascht! Abajo! abajo! abajo! abajo!...

Se dejó caer, la cabeza volcada.

Nefelis, situada en una extremidad de la cama lo miraba con unos ojos inmensos.

Siguió una gran calma. El hombre loco callaba. Afuera, la misma paz nocturna se extendía sobre el jardín desierto. ¡*El* ya no vendría! ¡Dioses! Quizás había venido: tal vez había tocado la puerta y no pudiendo abrirla, había partido... partido... Una angustia infinita oprimía el corazón de Nefelis.

El loco se había levantado.

—Tú eres bella, dijo dulcemente. ¿Desde cuándo eres mi mujer? Tú no eras así cuando yo reinaba. Tus cabellos blondos se han hecho negros. Tus flancos estrechos se han alargado... Y tus piernas... ¡Oh! ¡cómo son de hermosas tus piernas!... ¡Abrelas!...

De más cerca aun le habló, poniendo las manos sobre una mesita de mármol, en donde había un surtidor de perfumes.

—No temas nada; soy viejo. Tú lo ves, amiga, soy un viejo... ¡He muerto desde hace cien años! No te alejes de una momia. No quiero sino besar tu boca, y dormir sobre tu seno, ¡oh madre!

Avanzó las manos enflaquecidas, como para implorar. Pero un estremecimiento nervioso lo conmovió, de pies a cabeza. Saltó sobre la cama, por encima de la joven, y cayó del lado opuesto.

—Aaaah!

¡Por fin Nefelis había gritado! ¡Un grito profundo como una agonía, un desgarramiento de su alma, una queja desesperada hacia los Dioses, hacia el milagro, hacia la vida!

—A mí! a mí!, gruñía el loco. ¡No luches, hija de la Noche! ¡No aprietes así los dientes, mi beso irá a lo más hondo de tu ser! Ah! la mirra, la mirra, la mirra! ¡Sábelo: tú concebirás! Las estrellas saldrán de tu seno como las abejas de la colmena! Ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!. Pues yo lo quiero...

Nefelis se había desprendido de su mano derecha, y con un gesto rápido que el loco no viera, le dió un golpe en la sien con un objeto pesado que estaba sobre la mesita de mármol.

Se puso de pie sobre la cama, la boca abierta, las dos manos colocadas sobre la cara, con una especie de risa más espantosa que un gemido. El hombre loco había caído por el golpe, mas para Nefelis no estaba muerto. Tomó violentamente, de un vaso de finísimo cuello, largos alfileres de su tocado, diez o doce puntas aceradas, todas mortales y veinte veces las hundió en el flaco pecho del loco, en el vientre, en los ojos, en las mejillas; cuando los esclavos, ya despiertos, corrieron a sus gritos desesperantes, la encontraron loca de placer sobre el cadáver, plena de sangre, completamente desnuda y con las manos hacia el cielo, como una Andrómeda inconcebible, que marchara sobre el Monstruo.

PIERRE LOUIS

Traducido especialmente para el REPERTORIO AMERICANO por N. P.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "